

CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO
DECANO DE LOS PERIODICOS ILUSTRADOS

Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

**Personajes célebres
DEL TEATRO**



FALSTAFF

AÑO III
Nº 111
Abril 12 de 1896

PRECIOS SUSCRICION
MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR
Los mismos precios, en moneda equiva.
lente, con el aumento del franqueo.
Número corriente 30 centesimos - Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON; CERRO, 57

SUMARIO

TEXTO—Una Juanada, por Arturo Giménez Pastor—«Un curioso impertinente», por Kiel—«Para Ellas», Luisa, (continuación) por M. de Lyden—«Cuento», por José Estremera—«Teatros», por Re-Bemol—«Menudencias»—«Sport», por Zapicán II—«Entre dos fuerzas por Arturo Giménez Pastor (continuación).

GRABADOS—«Personajes célebres—Del teatro—Falstaff»—«Para Ellas», señorita Lola Pays, por Aurelio Giménez—«La vuelta del Rajah», por Wimplaine II—«Solfa alegre» y varios intercalados en el texto, por A. Giménez.



Ó SEA EL VIAJE DE JUAN

Poema épico, inspirado en sus gloriosas hazañas

HIMNO TRIUNFAL DEDICADO Á «LA NACIÓN»

¡Oh la de Agamenon edad gloriosa que presenciaste la triunfal partida de aquella expedición la más grandiosa que Grecia viera en su gloriosa vida! De aquella en la que Aquiles, semejante, á los dioses y Ulises el taimado y Nestor el por sabio consagrado y Menelao constante partieron en los brazos de la Gloria á arrancar su gran cetro al rico Oriente á borrar de la tierra á Ilión potente, guiados por Minerva á la victoria, de su valor pujante heróico y fiero teniendo por cantor al grande Homero!

¡Oh tú, edad en los tiempos memorable, que presenciaste la triunfal partida de Alejandro, que á la India impenetrable su bandera llevó, jamás vencida! Edad de glorias, de esplendor brillante que al héroe viste hacia lejanas tierras partir en busca de lejanas guerras y gloria á su ambición jamás bastante!

¡Oh edad romana, la que á César viste en marcha rápida, inmortal, gloriosa llevar su lábaro á la Galia triste á Hispania, á la Germania misteriosa! ¡Oh edad de las cruzadas, sacrosanta que ver lograste al bravo Godofredo cuando partió buscando gloria tanta que en mi impotencia imaginar no puedo! Edad del Ermitaño y Barbarroja de San Luis y Ricardo corazón de Leon, de San Bernardo y otros que Historia en viva luz arroja! La que viste tranquilos los cruzados partir á Tierra Santa de fé llenos á morir decididos, como buenos para la gloria eterna destinados;

los que inspiraron á su heróico paso los inmortales cantos del gran Tano!

¡Todos callad, edades inmortales! cesen los himnos á héroes que ya fueron! Callad, que á cantar van los orientales del gran Juan la partida, á que asistieron!

¡Musa, musae, musaron de las glorias que á una época en la historia hacen famosa; si no tienes que hacer hoy otra cosa, acude á mí, refresca mis memorias, templa mi lira, la de cuerdas de oro da rcentos á mi voz grandilocuentes y sígala la voz de egrejas gentes en magnífico coro. La partida triunfal de Juan hoy canto, envuelto por la gloria en su áureo manto!

Vosotros los que amais el Presupuesto, los que vivís la vida regalada del empleo, el sillón ó la soldada, hacia mí acudid presto. Aquí la de Garzón trompa tonante; aquí Flores, notable en chifladuras; aquí Nebel derroche sus finuras; del conde el gran clarín suene vibrante! ¡Himnos elévense al inmenso cielo! ¡Cantos sublimes suban á la altura! ¡Cantos de gratitud, sincera y pura, himnos de admiración, alzad el vuelo!!

Juan va á partir; las turbas de marcianos saludan con las bélicas charangas al gran dispensador de tantas gangas que generosos dan sus regias manos. Vedle: sereno; la ancha faz marcada por noble cicatriz que la berruga virilmente estirpada dejó, señal gloriosa de su fuga. Vedle: la perspectiva no le arredra de banquetes almuerzos y churrascos formidables, mas no ha de hacerles ascos. Alma de rey, estómago de piedra!

Ved; va á luchar con giganteos pucheros, con enormes asados, con ollas de pirón, con mil guisados y mil guisos; con vinos traicioneros con peligrosas cien indigestiones que ya amenazan su preciosa vida. ¡Mas nada le intimida! Sereno cual á bravos corazones y estómago feroces cumple estarlo, todo en su rudo empuje va á arrasarlo! ¡Ya el héroe parte! Suenan los guerreros clarines, su alta gloria pregonando! Va á vencer. Voces puras van cantando loores á él; augurios los sinceros sus amigos que esperan y que dudan. Y víctores, y vivas, aclamando grandeza tanta, su poder saludan!

¡Oh pueblo generoso y entusiasta que así admiráis su estomacal potencial ¡Cuán grato al alma á quien la gloria basta es vuestro amor, que el gozo así evidencial! ¡Vivad, vivad al héroe, al que devora cual nadie lo hizo en urugaaya tierra! Ved los despojos; culinaria guerra sembró de ellos su paso y atesora su vientre recio que al ganado aterra! ¡Oid mortales! Que pase ya á la Historia de su viaje triunfal la inmensa gloria. Mi boca va á contarlo. ¡Oid mortales cosas sublimes, nuevas celestiales...! La histórica Florida fué primera que holló su regio pié. ¡Ciudad dichosa! ¿Quién pintar bien pudiera la alegría entusiástica, sincera, que allí la policía generosa hizo á Juan el voraz? Liebres, conejos y gallinas modelos de inocencia se echaron á temblar en su presencia, que miedo igual inspira cerca y lejos.

Comió el héroe y bebió como un valiente sin dudas, sin temor, tranquilamente, y entusiasmado al verle el pueblo todo le vivó de tal modo, que iban lejos el tren y el presidente y aun sentíamos vivas muy lejanos y placeres de vientre muy cercanos.

Luego fué Paysandú segunda etapa «¡Gloria imperecedera al héroe altísimo —la multitud gritó,—que corre el mapa sembrando muerte y gloria; al voracísimo Juan el grande, que nadie á comer gana! Y fué aquella mañana ¡Oh Dioses inmortales! la más grande que en tiempos venideros

registraran los fastos orientales. ¿Habeis visto la chinche muy hambrienta que devora y devora días enteros sin saciarse jamás? Pues os presenta, del héroe imagen. Que comió aquel día como nadie pensarlo tal podría.

Y fué después, el Salto, el país ardiente en que reina el glorioso De Clemente. Y luego Santa Rosa y luego... ¡Cesa oh débil lira de sonar cansada! Que gloria tanta ya en tus cuerdas pesa y gloria tanta no ha de ser cantada. Que no habrá quien posea inspiración tan grande y levantada para dar de tal gloria leve idea. Enmudezca la lira. Epico estilo no alcanza esto á expresar como debiera. Comió como animal! Negarlo fuera querer atar un mónstruo con un hilo.

Por fin la vuelta el tiempo veloz trajo, y aquí apoteosis única Juan tuvo; que un solo siervo no hubo que escaseara bajezas ó trabajo. ¡Dejad de César la triunfal entrada! ¡Olvidad triunfos de guerrero alguno! ¡Callad triunfos de Augusto! Nada, nada, cual su llegada vió pueblo ninguno. Los siervos se arrojaban á sus plantas, lloraban de ternura los sicarios. Aclamaciones recibía cuantas bocas hay en que mandan comisarios. El ejército entero á recibirle acudió por los jefes arrastrado y cuando al fin tocarle, verle, oírle pudieron los amigos, dominado todo ante su grandeza, la cabeza descubrieron, cantando su grandeza, mientras en el ambiente se elevaba gran voz de voces hechas que decía: «¡Salid; comió y volvió! Su gloria acaba cual César de afirmar! Gloria á este día!» Rompieron las charangas militares, oreó su frente el aura de la gloria, y, tonantes, millares y millares de voces que á coger vendrá la historia. ¡Excelsior! exclamaron. ¡Excelsior! Y en el cielo se apagaron!!! ¡Oh!

Por el poeta oficial,

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR

Un curioso impertinente

Un monarca sapientísimo, y tan sapientísimo como obstinado, tenía, entre otras debilidades, la de creer indiscutibles sus doctrinas y sus principios.

Había en su reino dos partidos políticos que, con igual encarnizamiento, le hacían una guerra á muerte. Estos partidos se llamaban, el *partido bueno* y el *partido malo*. Como él y sus adictos pertenecían á otro bando diferente, cuyo nombre no hace al caso nombrar, claro es que reinaba en aquella comarca una atmósfera de rebelión... Los *malos* tiraban por un lado los *buenos* por otro, y el monarca y los suyos recibían los golpes continuos de sus adversarios, que, si bien es cierto jamás podían vencer de una manera definitiva, sembraban el desorden y la indisciplina en todo el reino.

El monarca sabía muy bien que aquellos dos partidos contrarios eran incapaces de gobernar una nación, porque se dejaban llevar, más por ambición y codicia desmedida, que por patriotismo y nobleza de sentimientos. En suma: querían hacer del reino su botín... Por otra parte, el monarca tenía la plena convicción de que ni los *buenos* ni los *malos*, en ningún caso, podrían regir convenientemente los destinos de un Estado. Para ello era menester mucho tino, mucha perspicacia... en fin, había que poseer las cualidades de él y sus adictos, es decir, figurar entre las filas de su partido, que no tenía ciertamente un nombre de guerra, pero cuyos efectos, ventajas y aspiraciones harto positivamente conocía él. En consecuencia, y para dar con ello un golpe de muerte á sus adversarios, á los *buenos* y á los *malos*, probándoles su ineptitud para gobernar, resolvió el monarca abdicar la corona espontáneamente, marchándose él y los suyos á una poderosa fortaleza y dejando el Estado en manos de los dos partidos contrarios, los que, una vez dueños de la comarca, ejercitarían todas sus armas de combate hiriéndose y aniquilándose recíprocamente, pues ninguno de los dos cedería el puesto de gobernantes, sino á costo de sangre y sacrificios inmensos.

El monarca estaba seguro de que al poco tiempo los dos partidos se habrían destruido cruelmente, sin haber logrado su objeto, pero limpián-



De fotografía Fitz Patrick

dole á él y á sus adictos el camino de la dominación absoluta de todo inconveniente y zozobra... Se matarían los unos á los otros como lobos hambrientos, y de esa suerte, no habría en la comarca más soberano que él y los suyos.

El plan era criminal, pero muy lógico y bastante seguro. Marchóse seguidamente á su poderosa fortaleza, y allí rodeado de todos sus fieles, el monarca saboreaba anticipadamente el placer del triunfo futuro.

La lucha que se entabló entre los dos partidos fué horrible, cruentísima. Al principio triunfaban los malos, y no era por lo que dice el verso:

Que Dios proteje á los malos,
cuando son más que los buenos.

No; eran tantos los buenos como los malos; pero es el caso que éstos reñían con mayor valentía y desatentada ambición, que los otros, lo que luego fué un mal para ellos, pues agotadas las fuerzas antes de tiempo, los otros cayeron sobre sus filas con extraordinaria y viril pujanza. La contienda era continua y ardiente; ambos partidos batíanse con heroísmo y furor, disputándose el dominio de la comarca sin tregua ni abatimiento, más sin definirse la victoria sobre ninguno de los dos partidos; tan pronto estaba la ventaja de parte de los buenos como de parte de los malos.

El monarca, desde su fortaleza, gozaba ya de su triunfo, al ver á aquellos desgraciados exterminándose los unos á los otros, sin lograr el objeto de sus ambiciones.

Los malos tenían por divisa: «Lo tuyo es mío» y los buenos: «Lo mío es tuyo». Como se vé, estos albergaban en sus espíritus sentimientos nobles y desinteresados. «Lo mío es tuyo». Es decir, todo lo que

tengo te pertenece, lo partiré contigo; en cambio, los malos decían: «Lo tuyo es mío» Esto es, usurpo lo que no me corresponde, lo que pertenece á otro. De modo, pues, que, con arreglo á la moral y á la lógica, los buenos eran acreedores al mando con más razón y justicia que los malos. Sin embargo, no ocurría así; los malos no cedían, y la lucha continuaba cada vez con mayor encarnizamiento. Las filas de ambos partidos habían desminuido la mitad, muriendo en la contienda centenares de hombres. El soberano y sus fieles, izáron su divisa en la fortaleza, ya seguros de su triunfo.

Mas ¿qué pasa ahora? ¿Ya no combaten los dos partidos contrarios? En efecto; ya no riñen, parecen haber estipulado la paz. ¿Qué ha ocurrido, pues?

Ocurrió lo que ciertamente no preveían el soberano y sus fieles. La debilidad es condición humana, esencialísima; algunos buenos, un poco frágiles, trataron con otros malos muy astutos, y de esa entrevista nació una idea salvadora. ¡La fusión! Fundirse los dos partidos en uno, y así fuertes y acordes en sus opiniones, atacar el soberano en su fortaleza, mejor dicho, sitiario por hambre.

Y así lo hicieron.

A los seis meses acabáronse los viveres y municiones al soberano y los suyos, y tuvieron que capitular. Su divisa flotaba aún en lo alto de la fortaleza, aquella divisa que siempre habfa sido un misterio para los partidos contrarios. Hechos prisioneros y despojados de todas sus armas y haciendas, el soberano y sus fieles salieron del recinto fortificado y se dispersaron por toda la comarca, débiles, pobres, sin honores ni prestigio. Y cuando los buenos y los malos, fundidos en un solo partido, fueron á bajar de la fortaleza aquella divisa que nada decía

ahora, para colocar bien alta la suya, quedáronse absortos, sorprendidos. Decía lo mismo, idéntica cosa: «Todo para nosotros.»

Y cuentan las crónicas que hoy el soberano y los suyos háense dividido y forman dos partidos contrarios, como antaño formaban los buenos y los malos, pero con la diferencia de que éstos no caerán jamás en la simpleza de soltar la sarten del mango. ¡Todo para nosotros!

KIEL.

PARA ELLAS



LUISA

ESTUDIOS SOBRE LA MUJER

Por E. M. DE LYDEN

(TRADUCIDO EXPRESAMENTE PARA «CARAS Y CARETAS»)

(Continuación)

Este hubiera querido hablar de otra cosa, ó á lo menos presentar los hechos bajo mejor aspecto de lo que lo hacía su mujer. La antigua droguera se había despachado á su gusto, y no hubo epíteto que no prodigase al desdichado músico, con tanta más ira, cuanto que Luisa, en un exceso de mal humor, no había ocultado la prohibición de que su amiga era objeto.

—¡Oh! no era bastantante cerrarme su puerta; tu señor marido pretende aún impedirte que me veas... ¡qué tiranía! Vamos Camphrinet, ¿qué dirás ahora en su defensa? ¿Dirás todavía que tiene razón?

—A fe mía, no veo porqué ese querido amigo no ha de ser amo en su casa.

—¡Hola! ¿Lo crees tú así? ¿Hallas muy natural que tu mujer no pueda ir á casa de sus amigas? ¿Nada tiene que decir cuando se la mira como peligrosa?... ¿Como mala consejera?... Pues bien, yo digo que ese es un insulto, una grosería... que no tiene nombre... y otro que vos ya hubiera ido á pedir satisfacción... pero vos no tenéis sangre en las venas... dejaríais pasar sobre vos carros y carretas sin decir una palabra... Sois una gallina!... ¡Ah! Si yo fuese un hombre...

—¡Sí! pero eres una mujer... afortunadamente; á no ser así, ya te diría yo cuantas son cinco.

Mme. Camphrinet había alzado los hombros y levantado los ojos al cielo como para tomarlo de testigo de las monstruosidades que decía su marido, y la conversación había continuado en el mismo tono durante toda la noche.

Por el camino Mr. Camphrinet empleó toda su elocuencia para conjurar el mal que los argumentos de Mme. Camphrinet hubieran podido causar en el ánimo de Luisa; pero el antiguo droguero expresaba difícilmente lo que sentía, y su buena voluntad no obtuvo un brillante resultado. Dejó á la joven enteramente sola, y se retiró murmurando contra su mitad.

Mientras Luisa estuvo sostenida por la energía de su peligrosa amiga, mostró cierta resolución; pero una vez entregada á sí misma, recogida en su alcoba, cuyo silencio nada turbaba, abandonóla toda su

LA VUELTA DEL RAJAH



Costumbres India
y de otras partes hay Rajahs y siervos

ficticia, energía, y no halló más que lágrimas, lágrimas amargas esta vez, las primeras verdaderamente serias que hubiese vertido y que amenazaban no ser las últimas.

Estrujaba con cólera en sus manos, el billete de su marido; este billete anunciaba friamente, sin preámbulo, y como la cosa más natural del mundo, que iba á comer á casa de Mr. Lemaire y que iría al teatro.

Para Luisa, Mr. Lemaire equivalía á decir *Madame* y su imaginación, impulsada por la locomotora de los celos, colocaba las cosas del primer golpe en lo peor.

La pobre mujer contaba los minutos, presa de mil dolorosas emociones. Dieron las once, después las doce, luego la una, y nadie... En fin á la una y media Mr. Deslandes entró con precaución para no despertar á su mujer á la que contaba hallar dormida y á quien hubiese querido poder ocultar la hora de su regreso, porque Mr. Deslandes comprendía perfectamente que había abusado del derecho de venganza que le diera la intracción de su mujer á sus deseos.

Además, también se confesaba que se había estralimitado para con la joven viuda de los deberes de su posición, y aun cuando no hubiese dicho á la amiga de Mme. Lemaire sino frases corteses de esas que se prodigan á todo el mundo, había ya desgarrado moralmente una punta del contrato conyugal, como suele decirse; y como era el primer pecado de este género que cometía, al recapacitarlo con calma reconoció su falta, y se avergonzó un momento.

Así, pues, quiso disimular, pero Luisa estaba despierta y no había medio de hacer que el reloj mintiese.

Sucede muchas veces, en materias de riñas entre enamorados, que aquel que tiene más culpa, es menos justo en las explicaciones. En vez de concluir reconociendo los agravios y por consiguiente perdonar, se insiste neciamente en querer no sólo probar al otro, sino aun á sí mismo que la razón más equitativa y los más legítimos derechos han presidido á vuestra conducta.

Esto es estúpido.

Esto fué lo que sucedió á Deslandes.

En primer lugar, descontento de sí mismo, y bajo la impresión aun de la alegría espiritual, llena de coquetería y encanto de la joven viuda, se disgustó en extremo al ver á su mujer llorando, medio vestida, y en una habitación donde reinaba el mayor desorden.

Acababa de dejar un salón adornado con el más exquisito gusto, dos mujeres risueñas y encantadoras, elegantes y coquetas, y ahora hallaba una habitación con el desorden inherente á los preparativos que anuncian un dormitorio, con toda la forma de la situación; volvía á hallar una mujer de la que tenía motivos de queja, una mujer que él había ofendido, una mujer, en fin, abrumada por el dolor.

El contraste era demasiado grande y en la situación de ánimo en que Mr. Deslandes se hallaba, no podía serle nada grato.

Si al menos Luisa, deponiendo su enojo, hubiese tenido el tacto de disimular su pena, y mostrarse afable, risueña y hasta coqueta, haciendo que olvidaba lo que había pasado; si hubiese, después de un abrazo, preguntado por Mr. y Mme. Lemaire, y prometido espontáneamente no ir más á casa de Mme. Camphrinet, explicado las razones, buenas ó malas, que la obligaron á aceptar tan desgraciada invitación, es probable que Mr. Deslandes se hubiese apresurado á recibir estas disculpas, y todo habría terminado; pero, la joven no supo tomar esa resolución. Durante las tres horas que pasó sola, formó diez planes de conducta, que, según ella, debía tener el resultado más feliz; pero no hizo nada para que todo cuanto la rodeaba, es decir, la *mise en scène*, correspondiese al diálogo.

Otra en su lugar habría puesto mil cuidados en su tocado de noche; hubiera guardado la ropa blanca y los vestidos en el gabinete; las colgaduras del lecho, discretamente extendidas, el modo de sentarse en el sillón, el juego de la luz, la sonrisa en los labios, el amor en la mirada, todo hubiese sido estudiado, y el efecto por consiguiente seguro, porque hombres y mujeres, niños y ancianos, todos sufrimos la influencia del aparato escénico, y Mr. Deslandes amaba aun á su mujer.

Pero Luisa estaba medio despeinada, se había quedado con el vestido puesto, y el corsé casi desatado por detrás, formaba un efecto bastante desgraciado; socóse una de las botitas, y la otra sólo estaba desabotonada; los guantes tirados sobre una silla, unas enaguas que no había hecho más que dejar caer, permanecían en el suelo; el sombrero en una silla; el chal en otra; la mesa de noche abierta; las almohadas aun puestas, los cajones á medio cerrar, en una palabra, todo contribuía á luchar contra la joven:

No os riais, mis queridas lectoras, sobre todo aquellas que seáis jóvenes y estéis casadas ó próximas á casaros; no os riais, vuelvo á repetir, al

leer estas observaciones, porque no pueden ser más serias; aquellas de vosotras que no comprenda su importancia, está perdida sin remedio, hablando conyugalmente.

Luisa acogió á su marido con sollozos. Este no pudo menos que hacer un movimiento de impaciencia, de lo que resultó que se acostó enfadado después de haber cambiado algunas palabras, ágras por parte del marido, y de queja por parte de la mujer.

Luisa se llevó llorando toda la noche, y no se durmió hasta el amanecer.

Mr. Deslandes durmió como un lirón, soñó con la viuda, y se levantó antes que su mujer se hubiese despertado.

La guerra estaba declarada.

(Continuará)



CUENTO

I

En una de mi pueblo triste calleja, tiene Rita una casa ruinoso y vieja. Y en el muro, en un nicho sucio y estrecho, hay un santo de palo roto y mal trecho. Nadie al santo regala con oraciones, ni tiene más devotos que los ratones. La dueña bien querría cuidar al santo, mas su mezquina renta no es para tanto. Y sin luz y con moscas vive entretanto el bendito San Lesmes (que este era el santo).

II

Nadie ha visto una chica tan resalada como Irene, la moza de la posada. Muchos mozos del pueblo la han pretendido, mas nadie sus favores ha conseguido. Que aunque al caso su oficio poco se presta, Irene es una chica pura y honesta. Sus favores, rendidos, piden en vano Ramón, Lucas, Antonio Roque y Mariano. Cada día la asedian con más ahinco, pero la moza iguales deja á los cinco. Y viéndose por ella tan desdeñados, están los cinco mozos desesperados.

III

Tiene Rita entre Lucas

y sus cofrades, fama de zurcidora de voluntades, pues le cuentan los mozos sus esperanzas. y le hacen las mozelas sus confianzas. Con ánimo de darla buen alboroque si conquistaba á Irene, fué á verla Roque. Y le habló así la vieja: —Si amas á Irene y quieres que te quiera, que por tí pene, y se abra en el fuego que á tí te abra, encomiéndate al santo que tengo en casa. Regálame si sales con tu capricho, un farol con que alumbré su pobre nicho. —Pues bien; si á ella le ablanda mi tierno llanto, tendrá por cuenta mia farol el santo.

IV

A lo mismo (sin duda lo hizo el demonio) fueron Ramón, Mariano, Lucas y Antonio. Y como eran las mismas sus pretensiones, les hizo Rita iguales proposiciones. Con eso el que triunfara daba á la vieja un farol para el santo de la calleja.

V

¡Mire usted que la cosa tiene bemoles, que ya alumbran al santo cinco faroles!

JOSÉ ESTREMEIRA



Sigue atrayendo gente á Solís la Geraldine; cada día aumentan los admiradores de sus bellos y extraños ojos, su sonrisa provocativa y sus formas correctísimas. Se la ha visto en el trapecio oscilante, haciendo ejercicios de fuerza y agilidad muy dignos de aplauso y atención (de atención, sobre todo). Luego de serpentina, y por último, de habilísima y desenvuelta tiradora. Sus trajes son variados y lujosísimos. Lo único que no pasa es el modo de saludar, aquella sonrisa enseñando los dientes... es de lo más artificioso y estudiado que darse puede. Pero como es bonita, algunos le perdonan eso, y aún le pedirían el *bis*. Respecto á su hermosura, he escuchado opiniones... vaya, toda la prensa ya lo ha dicho, y con creces.

Mr. Grossi y Mlle. Roux continúan en sus experiencias de adivinación del pensamiento, siempre con fortuna. Merecen en verdad que se les aplauda. Son muy hábiles.

Gil y Mesa, la Brocal, la Lamaña y Molina, etc., encárganse de hacer reír al público en las zarzuelas y comedias que representan, y ciertamente que lo hacen bien y con muchísimo tino. Los programas son variados y la elección bastante buena.

Para terminar, reproduciré un diálogo cazado al vuelo la noche del jueves, en una de las filas de sillones á propósito de la Geraldine.

—Es asombroso— decía un elegante—lo que hace esa niña. ¡Mira qué flexión!
 —Es verdad... Fíjate ahora cómo se hamaca en el trapecio... Las cazueleras la miran con ojos torvos, sin duda porque con el viento que hace al balancearse les descomponen el peinado.
 —Exageras, querido, exageras; si es una pluma.
 —¿Cómo?...
 —No, hijo; por lo liviana, lo ligera que es... Porque suponer... Ya sabes que es una virtud la suya que no admite tachas... Es inexpugnable al amor.
 —Puede... Sin embargo ¡mira tú como tiende la red á toda la platea!

RE-BEMOL.



Menudencias

Dice «La Razón» que, á estar á dices de Palacio, el Banco futuro es ya un hecho, ó lo será para Julio.

Pero para evitar malas suposiciones, que alimentaría quizá, á título de precedente, lo ocurrido con el malogrado Banco Nacional, el colega advierte que lo dicho se refiere al mes de Julio y no á Julio el funesto.

No es cosa como para gastar públicamente cinco reales en señal de alegría, porque

las cosas al fin darán igual resultado, pues si para Julio no es, será en cambio para Juan.

La Tribuna Popular anuncia que nuestro excelente amigo el ilustre poeta Fernandez y Medina va en breve á matrimoniar.

Hacemos votos porque una vez soldadas las floridas cadenas de Himeneo, no empañe nunca el límpido cielo conyugal ninguna nube, flaca ni gorda, de las que cantó el ilustre vate próximo á contraer suegra.

Y en todo caso, si ha de ser, que sea flaca. (La nube.)

◆◆◆

INSTANTANEAS

Un descomunal melón muy luciente y satinado, ¿Quién no ve ahí á Pantaleón retratado?

◆◆◆

Une croix, dos cruces, tres.... ¿Quién es?

◆◆◆

Dos huevos en guerra cruel, queriendo en su furia insana saltar de un rostro de rana, y cualquiera ve á Miguel.

Un merengue desplumado una dulcera averiada de mala almibar colmada.... Ahí va Ncbel retratado.

Los médicos alicantinos (lo dice el último correo de Europa) se han complotado (esto no lo dice pero es verdad) para no recetar, en ejercicio de su profesión, ninguna especialidad farmacéutica norteamericana

Motiva esta decisión la actitud de los Estados Unidos en la cuestión cubana.

¡Cáspita con los médicos alicantinos!

Lo que tengan que ver las tripas, el tragadero, el cerebro, las orejas ó los pieses de los pacientes con la política internacional, no lo veo todavía.

¿Pero no habrán pensado si llegará el caso de que la abstención esa logre, por falta de remedios eficaces, matar más españoles que la misma guerra con los Estados Unidos?

—¿Y? ¿Qué te parece la Geraldine?

—Hermoso cuerpo. Y creo que nadie le ganará á hacer pruebas en los aires.

—Ah, en cuanto á eso!... Ahí está el comisario Da Costa que se lo pasa en Buenos Aires, dando pruebas evidentes de que en esta tierra ¡qué casualidad! hay sinvergüenzas.



Son las carreras á correrse hoy en Maroñas verdaderos jeroglíficos, dada la clase de caballos que en ellas tomarán parte.

En primer término se destaca el Premio Velocidad, en 1300 metros, y en el que tomarán parte animales de la talla de Zig Zag, Motinero, Montevideo, Gladiador, Solista y Mary; todos ellos, y muy especialmente los cuatro primeros, ya han demostrado de lo que son capaces cuando se les obliga á correr.

Otra carrera que promete ser también de verdadero interés, es el Premio América, en la que se encontrarán en tiro de 1000 metros Tina, Tribuno, Júpiter II, Jónica, Alea, Otello, Manon y La Política, algunos de los cuales son debutantes, como Júpiter II, respecto del cual corren rumores que lo indican como probable ganador del Premio América.

Las otras tres pruebas que completan el programa son otros tantos rompe-cabezas de las cuales nuestros pronóstos son:

- 1.^a carrera «Motinero» si corre; sino «Olímpico».
- 2.^a » «Motinero» si corre; sino «Gladiador».
- 3.^a » «Tina» ó «Júpiter II».
- 4.^a » «Stud Armonia».
- 5.^a » «El Solo» (batazo).

ZAPICÁN II.



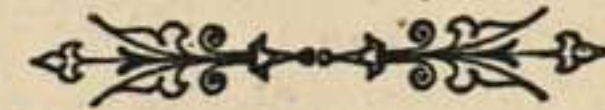
AVISO Á LOS SUSCRITORES

Habiendo recibido infinidad de pedidos de encuadernación del periódico, hemos resuelto, como el año pasado, encargarnos de ello en la forma siguiente:

La encuadernación será hecha en rica

tela y con el título dorado á fuego. Su costo es de \$ 1.50. Los suscriptores en campaña deberán enviar el importe adelantado, en más el porte de franqueo.

LA ADMINISTRACIÓN



A. GIMÉNEZ PASTOR

ENTRE DOS FUERZAS

(CONTINUACIÓN)

XIII

Alegría loca, inquietud, placer, miedo... Mario no hubiera podido precisar qué era aquello que lo estremeció rudamente todo el cuerpo, aflojándole las piernas, cuando las chiquilinas, revoloteando á su alrededor alegres y locuaces, le anunciaron aquello con su hablar torpe é ingénuo.

—Dedia vino ya!

¿Qué iba á sentir allí dentro, en aquella pieza tan suya antes y cuya puerta miraba ahora como la entrada de algo misterioso y temible, dudando si traspasar el umbral como se duda ante lo desconocido? ¿Qué le esperaba allí dentro, en el antiguo nido de sus amores, donde él fuera, en tiempos que ya le parecían remotos, el todo, el bienvenido, el deseado de todos los momentos?

No tuvo tiempo de pensarlo, ni aún de adoptar una de aquellas mil actitudes que estudiara en sus instantes de desvario para presentarse ante ella; unas altivas, humildes otras, indiferentes algunas... un repertorio que ahora, en el momento crítico le resultaba perfectamente inútil.

Delia aparecía en la puerta de comunicación interior cuando él entró, y así se encontraron otra vez frente á frente, de pronto, chocándose sus miradas como rayo de fuego.

Fué solo un segundo, porque luego empezó la presentación de los acompañantes de Delia: el joven argentino aquel cuya presencia le traía á la mente la gran tarde de las carreras, aquella gran tarde de clamores y victores que estallaban en el espacio majestuoso, mientras entre él y Delia se desgarraban silenciosamente unos lazos cuyos extremos salían del alma; luego dos hermanas del joven, las complacientes y oficiosas invitantes que llevaron á Delia á los campos del hermanito, tan interesadas por su salud, según Misia Justa.

A estas sí, á estas sí estaba dispuesto á odiarlas desde que las miró ante sí, murmurando con rabia al saludarlas.

—¡La salud!... ¡Pedazos de alcahuetas!

Al fin y al cabo ellas tenían la culpa, porque la verdad es que aquel pobre mozo necesitaba que le llevaran las mujeres de la mano, tonto y vergonzoso como parecía ser; y es claro, se encargaban de ello las hermanitas.

Era en verdad lo que se llama un pobre mozo, de cara insignificante, las mejillas coloradas, el pelo negro y crespo; todo él respirando cortedad y falta de roce, hasta en la postura, así sentado en el borde de la silla, las piernas abiertas y la mano izquierda horquetada sobre el muslo; ¿cómo demonio no se cansaba de estar así eternamente en aquella posición, sacando el brazo para sostener la mano allí, con una violencia que debía molestarlo? Todo esto observaba Mario con una mirada curiosa y burlona, tanto más sostenida cuanto que evidentemente irritaba á Delia.

A la verdad, ella lo reconocía, su nuevo novio no hacía buen papel allí, con su posición estudiada, el traje vulgar, fuera de moda, y aquella corbata de lazo hecho, completamente ridícula; contestando con monosílabos á todo, sonriendo siempre con su sonrisita forzada de paisano desorientado y dudoso que le hacía mostrar los dientes, como tonto tranquilo, mientras los ojos redondos, cándidos é inespresivos recorrían placidamente la sala sin hallar dónde posar la mirada.

Resultaba pequeño y menguado junto al otro que llevaba tan bien su traje claro, tan seguro de sí mismo en movimiento y palabras, tan lejos de aquella vulgar robustez campesina su cara pálida y larga; y Delia se impacientaba viéndole así como en su casa, con aire de señor, mientras el otro pobre parecía el sobrante allí; hubiera querido moverlo, sacudirlo para que no apareciera tan parado, tan fuera de centro donde ella había querido presentarlo como timbre de orgullo, para hacer rabiar al otro soberbio.

Por su parte Mario no pudo resistir al malvado placer de reirse de él de bajarlo más aún á los ojos de la jóven; y fué aquello una nueva lucha en que las frases intencionadas y agresivas se cruzaban como floretazos en torno del pobre mozo que no parecía darse cuenta de tal cosa, llena de luz cándida la mirada de sus ojos redondos y plácidos.

Por último, mientras Mario conversaba con las otras, con Misia Justa, que miraba complacida aquella nueva pareja, aquella promesa de reconquista del campo, del campo deseado con toda la fuerza de la obsesión senil, que la conquista del jóven estanciero parecía ofrecerle, Delia recurrió á los celos para irritarlo, y de cuando en cuando oía él que decía, con voz bien calculada:

—¿Se acuerda de los sanes: Donato?

¡Se llamaba Donato! ¡Desgraciado!

Ah, sí, contestaba él.

—¿Se borrarán aquellas letras que quedaron grabadas en ellos!

—Ah, no, volvía á contestar Donato.

Decididamente era aquello una pistola que no daba fuego. Delia debía estar furiosa, y esto satisfacía á Mario, pero por fin, hallándose fuera de centro entre aquella importación rural que había invadido su antiguo mundo de amores, cansado de gastar ingenio con tal gente, rabioso al ver allí la codiciosa mirada de Misia Justa en que se reflejaba la ambición pronta á satisfacerse, el ánsia del campo, el interés pasando sobre todo brutalmente; la crueldad descompuesta de Delia, afanada en encontrar lo que no había para ella en aquel hombre; la estúpida y grosera satisfacción de las hermanas ante el triunfo sobre él, sobre el de la ciudad, todo ese monton de materia luchando contra sus ventajas de espíritu que no servían para nada, fatigado al ver todo esto rodeándole en el sitio querido de sus horas de amor, salió diciendo entre sí, brutal él también un momento:

—Llévatela, pobre sér; que bastante cara vas á pagarla y bien manoseada te la entrego!

Lleno de alegría nerviosa, casi histérica lo recibió la calle en su fresca húmeda de día lluvioso, y respiró con fuerza al hallarse fuera.

Aquello le había curado definitivamente. Delia vista bajo aquella faz, cruel, brutal, ambiciosa, casi grosera le había dejado una impresión de disgusto, casi de náuseas que sería su remedio. Necesariamente, tal mujer no podía arrastrarle más á su carro de hombre fuerte; él había soñado otra cosa, y el sueño se acabó aquel día.

¡Amor, amor, amor! Sería imbécil... No hay amor que valga; todas son ganas, ó... ó qué sabía él! Lo cierto es que aquello se había acabado.

¡Ah! No. También se engañaba esta vez. No había acabado. La imagen de la mujer, más altiva, más fuerte, como la viera aquella tarde después de deseársela ardientemente tanto tiempo, se le aparecía á cada instante, grosera é insitante, como la había puesto el campo, acosándole con su persecución incesante.

Y ante aquella necesidad de verla que lo devoraba, buscaba expedientes para explicar las visitas, disfrazaba su flaqueza suponiéndolas el fin de mostrar que no tenía miedo de hallarse junto á ella, que era fuerte y que lo ocurrido no le había hecho mella.

Pero salía después de la casa desalentado, llena de vacío el alma, rabioso, agitándole fuertes rachas de rebelión la idea de que aquella mujer que había sido tan suya, era ya una extraña, una cosa de otro, á la que no podía tocar ni la mano, cuando tan poco tiempo antes la había ahogado á abrazos, como dueño.

Así el deseo, la necesidad de mujer le llevó algunas noches á casa de Argentina, seguro de encontrar siempre en ella aquel aire rendido de esclava sumisa con que decía «Tengo las manos más frías!...» para preguntarle enseguida. «¿Y usted?»

El contestaba cualquier cosa: frías ó calientes; y entonces ella se las cojía con ansia, con fruición de hembra deseosa y diciendo: «¿á ver?...» se las oprimía con ganas, entre sus manos gorditas y blandas, mirándole picaramente con sus ojos lánguidos que decían siempre: «¿Pero no ves que tengo ganas de ti?»

¡Ah! Aquello había pasado también. No era eso lo que él quería: era la satisfacción de su amor propio herido por la otra, la que no tenía ganas de él la que hacía que todo se agostase en su camino, quemado por el vaho cálido de su pasión.

Y así iba arrastrando su pesada nostalgia, su inquietud y su tristeza por todas partes, encontrando todo vacío a su paso. En busca de calor, de afectos antiguos fué una noche á casa de Pedro, deseoso de ver otra vez los amigos, aquel comedor donde habían pasado tantas noches buenas, todos reunidos. Pero allí también había frío. Desde la noche en que rñieron con Federico, por ella, se había ido disolviendo aquello, aflojados los lazos insensiblemente hasta desatarse por completo. Ambos escasearon sus visitas para no encontrar más

motivos de disputa, y la soledad alejó á los demás; por eso aquella noche encontró á Pedro que restaba solo como último soldado en el campo de batalla abandonado, mascullando sus eternos proyectos de novelas que no habían de ver nunca la luz.

Le dió tristeza al considerar cómo aquel amor exclusivo absorbente había hecho el vacío á su alrededor, quitándole para los días tristes toda distracción, dominándole así en absoluto aún después de muerto en el alma de la mujer que lo inspirara; y

SOLFA ALEGRE



LA Geraldine

hablaron poco con Pedro, que escudriñaba papeles con su corta mirada de miope, metiendo en ellos las narices, entretenido en eso á falta de la antigua y bulliciosa tertulia, mientras Mario miraba la lámpara, la carpeta, el tintero, los cuadritos, todos aquellos objetos amigos, los mismos de antes, mientras él había cambiado tanto.

Sin embargo, el Carnaval iba á reunirlos otra vez dentro de dos días: habían quedado en ir á bailes en comparsa y así lo comunicó Pedro á Mario.

—Irás, ¿eh? le dijo.

Mario no se atrevió á negarse, temiendo que el otro descubriera su pesado aplastamiento moral, deseoso siempre de mostrarse entero, irguiéndose como aquel cómico, *El Engomao*, que no olvidaba, á la primera mirada de lástima.

—Sí, hemos de ir, contestó al descuido, ya pronto para salir. Decididamente aquello estaba muy triste. No era extraño que así lo encontrara cuando la tristeza de su alma reflejaba sobre todo cuanto le rodeaba bañándolo de gris.

Aquello no pasaba, no pasaba; le había dominado por completo; tenía necesidad de la mujer perdida.

Empezaron á dominarlo, después de rebeldes impaciencias, desalientos mortales, verdaderas desesperaciones que le echaban en un rincón obscuro, clavada la vista en la sombra; evocando todos los detalles del placer pasado, bañándose en él como para calmar el ardor de su sangre, soñando una reconciliación que ella tenía que pedirle, porque aquello no podía seguir, porque era imposible que aquella mujer que había sido tan suya le olvidase por completo, así, hasta no significar nada, absolutamente nada para ella. No podía ser, no podía ser y no podía ser!

Y así el sentimiento echaba por tierra todo aquel razonamiento frío y cruel con que justificara el rudo

abandono de la pobre Argentina, cuando en una noche plácida lo expusiera tomando por ejemplo las estrellas, el eterno universo sideral.

Ahora también podía Delia decir:

—¿Qué? Debía esto seguir indefinidamente? ¡Nó! Yo lo quise un tiempo, le di amor y caricias, lo hice feliz ese tiempo... ¿Qué más?

Ah! no era eso, nó! Había algo más; había el grito del corazón tras la voz fría de ese cálculo de pérdidas y ganancias, y ahora lo comprendía él al sentir aquellos momentos de angustiosa debilidad que le impulsaban hacia ella decidido á suplicarla, vencido, humillado; á pedirle un poco de amor por el recuerdo de sus pasadas horas de felicidad, dominado ya por la cobardía invencible del que no quiere sufrir más.

Pero entonces llegó el Carnaval. Y los amigos otra vez reunidos fueron á reclamarle lo prometido.

Se negó, asustado ante la idea de ir á sumergirse en aquella loca alegría de espíritus niños durante tres días.

—Se lo había dicho, exclamó al oírlo Federico; no está para estas cosas y tiene razón. Un bolsazo deja abatido á cualquiera.

No á él seguramente. Por lo visto, Federico no sabía más que decir tonterías.

—Vamos, dijo.

Y allí, paseando su alma triste entre aquella alegría ruidosa que le hacía daño, vió á un jóven español que abandonado por la novia que adoraba, la perseguía en todos los bailes, bajo todos los disfraces esperando una mirada, un momento de piedad, señalado por todos, observado por todos, por todos compadecido, Y así le vió un gran rato, envuelto en un dominó rojo como el fuego, como la pasión, seguir con la mirada ardiente, húmeda, ansiosa de sus ojos de desesperado á aquella mujer que pasaba á cada instante ante él, riendo con el nuevo favorito, cruel como toda mujer que ya no ama, mientras las parejas al mirarlo esperando un imposible, cansado, ya de pedir amor, rechazado cien veces, lleno de dolor, de celos cruelísimos, decían en voz baja:

—¡Pobre Valles! ¡Cómo sufre!

¡Oh aquello nó! Era horrible y Mario sintió que el ejemplo le reconfortaba. Pedir así cariño con lágrimas en los ojos, ser el enamorado triste, cubierto por el rojo manto del ridículo, pesado, importuno, besando la mano que lo castiga...; él no haría eso jamás!

Había de contentarse con soñar la esperanza de una súplica hecha por ella, rendida y sumisa, para arrojarse en sus brazos y ahogarse en un océano de felicidad infinita como el espacio azul.

Delia no había de hacer aquello, seguramente. Era demasiado orgullosa para eso...

Lo hizo, sin embargo.

También ella echó de menos el tiempo pasado, el amoroso ardor de aquella alma inquieta y vehementemente. Todos sus esfuerzos para mantener su resolución se estrellaron ante la imagen de aquellos dos hombres que forzosamente se ponían ante ella en comparación desde la famosa tarde de su vuelta.

El nuevo favorito, buscado por el sólo afán de ostentar novio, de tener marido asegurado, no resistió la comparación con el otro, fino, delgado, blanco, ardiente y amoroso. Aquel; fuera del campo donde le viera bajo su faz propia, en su centro, en su verdadero lugar, le apareció menguado, ridículo ante el otro, y ella misma se encontró rebajada con él.

Los recuerdos candentes, las visitas de Mario en que se le aparecía siempre altivo, con su rostro pálido, austero desde hacía tiempo, amargado por dos gliegos enérgicos que le contraían el rostro, con su gesto severo y amargo lo vencieron; y confiando en sí misma, en su poder, desdeñosa de todo en su seguridad de vencer, no vaciló en pedirle su amor, otra vez, como reina que exige homenaje.

Fué una tarde de Marzo cuando Mario volvió á verla inquieta y recelosa, hablándole con aquella voz algo trémula y confidencial que oyera otra vez evocada en la sombra por los últimos acordes de «La Pecadora».

La obligó á seguir hasta el fin.

—Pero usted ya no me quiere... dijo por último provocando la explosión, tremante ante la idea de poseerlo otra vez.

El la miró un instante, brillando en su pupila inmensa alegría.

Era el momento ansiado tanto tiempo; el momento de arrojarse otra vez en sus brazos y ahogarse, morir de felicidad.

Pero la imagen de la Delia que viera en aquella tarde á la llegada, cruel, orgullosa, casi brutal con él; las palabras intencionadas, las letras imborrables que quedaban allá en los sauces recordados en su presencia, toda la hiel de aquella hora de derrota y de impotencia se presentaron á su imaginación y dijo resueltamente:

—No. Yo no puedo pasar platos de segunda mano.

(Continuad)